

La heterodoxia y solvencia de Dobry

Tras siete años de silencio, el poeta argentino reúne nuevos versos en *Contratiempo*

Contratiempo

Edgardo Dobry
Adriana Hidalgo Editora
Buenos Aires, 2014. 97 páginas. 12 euros

Por Esperanza López Parada

POESÍA. LA GRAMÁTICA de los indios hopi posee una marca verbal con la que indicar las acciones que, enunciadas dentro de un relato, se resolverán en negativo. Si la oración nos está contando acerca de alguien que intenta escapar sin buen fin de sus enemigos, el verbo ostentará esa categoría modal que Whorf bautizó como "impotencial". Se trata de una especie de señal morfológica de ineficacia de la que nuestros idiomas europeos deberían estar provistos, y bajo cuya sombra retórica parece ampararse todo el nuevo libro de Edgardo Dobry (Rosario, Argentina, 1962), titulado precisamente con la sugerente antinomia de *Contratiempo*. Un contratiempo es, desde luego, un incidente que interrumpe el cumplimiento o cierre de un proceso que, abortado, se bifurca en movimientos opuestos: "Apretó, arrojado al ascensor, / el primer botón que había: siglo XX. / Después se fue la luz y la puerta / de la escalera era tapiada. / No le preguntes cómo logró subir un piso. / ¿Ahora qué pasa? / ¿Te dormiste de costado y una estrella / te entró por el oído y se destiñe / en sueños ralos como larvas?".

Libro por tanto marcado con esta seña de lo imposible, el impedimento que registra no nace de la impericia, sino, al contrario, de un rigor experimental y experiencial como pocas veces se da en la poesía contemporánea. De hecho, en sus publicaciones anteriores, *El lago de los botes* (2005) y *Cosas* (2007), Dobry ya había explorado diferentes opciones comunicativas del lenguaje poético. En este reciente su originalísima dicción, a golpes de impotencialidades declaradas, produce la sensación de escuchar aquella lengua extranjera en la que Deleuze cifraba la condición de la obra de arte: un idioma inédito, forastero, singular, un decir atravesado de identidades distintas e impedidas. A esta extranjería de la voz cooperan factores diversos que no siempre suman, porque la poética de Dobry tiene una soterrada vocación de entreochoque. Sin embargo, puesto que no hay otro modo, en su descripción habrá que proceder con un cierto orden, como si la suya fuera una propuesta concordante y habrá que señalar en primera instancia la

concurrency de tradiciones que se tejen en la superficie de un poema convulso —la Argentina de nacimiento y la Cataluña de residencia, la "sonrisa hebraica" y la peculiaridad rosarina, Leopoldo Lugones y Gabriel Ferrater, sobre los que Dobry ha escrito—. Al lado, hay que mencionar otra descolocación, la de la anacronía de su temporalidad, la mezcla de pasado y tecnología en el "agua radioactiva" o el "arcoiris de nafta" de sus paisajes, así como la competencia en recursos de que Edgardo Dobry hace gala y que a renglón seguido, dentro de una especie de escepticismo estilístico, desestabiliza para quebrar toda seguridad discursiva.

Dobry escribe con el ingenio de un



Edgardo Dobry visto por Sciammarella.

John Donne conectado a la Red o con el manierismo posmoderno de un eléctrico poeta isabelino que pergeñe retruécanos, sinestesias, sinécdoques, paradojas, figuras de "estilo", actualizándolas bajo la forma de fotocopias sin aura, de "post-it" abandonados "en el píloro" recién seccionado o bajo la oferta de "tres por dos" del supermercado. Todo para —desde ahí, desde esa asunción de una verbalidad foránea, ajena, inaudita a fuerza de poderosa— mejor impedir la y deshacerla. "La templanza es una lágrima que cae / como rastro en la mejilla de babosa. / En la caja tu selección de marca blanca / rima una sola nota interpretada / por un ensamble de cinta y ciberpájaro".

Pero lo importante es que esta fortísima dicción, esta discursividad sin debili-

dades, se argumente justo para contar lo contrario, la impotencia en tanto rasgo implícito de la escritura que, al menos en su suerte contemporánea, no consigue alcanzar la condición de acto real. Por eso, por habitar una "zona necrosada", la metáfora deshecha que exhibe, el símbolo desventrado que concita opera como el relojero frente al mecanismo desmontado de una maquinaria perfecta que ahora desnuda, inútil, sus resortes: operación de lastrar el lenguaje, de enseñar su fragilidad mediante el trabajo en claroscuro de articular cada uno de sus más enérgicos recursos. Resulta entonces que ya "lo que puedes decir está quemado" y el final deviene en "la coreografía de las horas, / frases largas, letanías. / discurso es equipaje de mano. / el pensamiento iba en bodega / y se perdió".

Si la irreverencia es una prerrogativa del verso —como el propio Dobry ha confesado alguna vez—, su reciente libro se instala en la heterodoxia más disolvente por la vía de la solvencia y el constructo. De hecho, el corazón estilístico en que se inscribe lo ocupa una de las figuras menos aceptadas del acervo retórico, al sembrar el habla de faltas y deslices. Se trata del "montón de anacoluto", que según Dobry nos habita y que implica un desorden, un caos de posibilidad insatisfecha. Parece decir y no dice o incluso dice lo contrario, al enunciar habilidades adversas, al estancarse en su misma progresión, como el Frank O'Hara de uno de los poemas que pretende "estudiar portugués en Bilbao / para poder ir a Brasil. ¿En Bilbao?". Pero nombrando este tipo de error absurdo, de desavenencia básica, el anacoluto reduce todo misterio a un simple malentendido sin destino, dibujando un yerro patético que no culmina en ninguna forma de catarsis.

En realidad, más que una frase, es la variante retórica, cómica —hay grandes dosis de ironía en el libro de Dobry— y cotidiana de aquella vieja y heroica impotencialidad hopi: un tartamudeo ahora bajo la marca de lo torpe y disonante en pleno poema, la declaración —a su vez confusa— de la conciencia contravenida, contradictoria, contraargumentada, en el que el discurso de hoy no puede sino resignarse a caer.

Visto de esta manera, el nuevo libro de Dobry resulta el dictamen tan melancólico como rabioso de un efecto inevitable: narra de la forma más capaz que el huido acaba siempre entre las fauces del perseguidor en el contratiempo sin avance que nos ha tocado como porvenir. ●



El personaje escondido

La larga noche

Javier Mije
Acanalado. Barcelona, 2014
160 páginas. 15 euros

Por J. Ernesto Ayala-Dip

NARRATIVA. EL CAMINO de la oruga, libro de cuentos que Javier Mije (Sevilla, 1969) publicó en 2003, presta ahora al autor un parecido impulso narrativo para abordar el dibujo de un héroe singular. En aquel libro, Mije probaba a ver más allá de la superficie de sus personajes. Todo funcionaba según un acuerdo entre lo que mirábamos y lo que teníamos que ver. Ahora vuelve con una primera novela, *La larga noche*. Tenemos un narrador en primera persona que nos relata una historia en la que participó. Tenemos un protagonista que nunca vemos, Almeida, pero que gravita desde la memoria del narrador. Y tenemos a Berta, parte de un triángulo doloroso. Un día Almeida pide al narrador que le escriba el guion de una película sobre la resistencia de Madrid durante la Guerra Civil. Se titulará *La larga noche*. Veinte años antes del presente de la novela, Almeida, el narrador y Berta coincidieron en la Universidad. Hicieron juntos un cortometraje. Allí se unieron Berta y Almeida, a distancia de la mirada resignada del narrador. Hagamos algunas consideraciones técnicas. Almeida le entrega al narrador un dossier fotográfico de los bombardeos alemanes sobre la capital. Aquí Mije pone en funcionamiento un truco que consiste en que veamos momentos dantescos de la Guerra Civil como si estuviéramos leyendo un documento histórico. O una película, tal es el realismo que se cuele entre las líneas y las fotos que Almeida le cedió al narrador. El efecto dramático y cierto aire de ficción y realidad depositados sobre la figura ausente de Almeida hacen que tengamos que estar muy atentos a lo que el narrador cuenta de sí mismo y a la idea que nos podremos hacer de Almeida, incluso a la necesidad de conocerlo más, independientemente del narrador, como si éste nos escondiera algo. *La larga noche*, con su estela de aflicción tan difícil de describir (o escribir), nos anuncia a un gran novelista. ●

Un mar de espigas

Mientras nieva sobre el mar

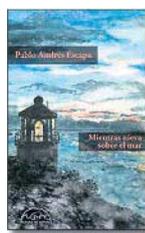
Pablo Andrés Escapa
Páginas de Espuma. Madrid, 2014
134 páginas. 14 euros

Por Javier Goñi

CUENTOS. QUE UNO SEPA, Pablo Andrés Escapa (León, 1964) es autor de tres colecciones de cuentos (*Las elipsis del cronista*, *Voces de humo* y este último), una novela (corta), *Gran Circo Mundial*, y un hermoso libro, un barullo de sueños y desvanes de memoria, donde cabe una infancia y el recuerdo

de películas de antaño, *Cercano Oeste* (Los Libros de Camparredonda, León, 2012): un libro éste que lleva una nota biográfica, maravillosamente miniada: de ahí me apropio de esto, "dio en hacerse cuentista, que es el más libre todos los trabajos de letras", y también de esto otro que explica lo de escribir, "para dejar memoria de las provincias más difíciles de asentar: las que tiemblan en el alma y solo es posible sostener con la ilusión de la palabra".

A Escapa, en sus cuentos, el azar le altera la realidad, trasladándonos a otra, y así, en medio de un mar de espigas, donde vive, tierra adentro, fantasía leonesa, un hombre solitario, un naufrago de la vida, recibe, por error, por azar, un faro desmontable, a tamaño natural, y viene con instrucciones; y las sigue, y descubre su vocación de farero en mitad de esos trigales, y se refugia con sus libros, que contienen las palabras, y se deja mecer por las mareas,



que ensanchan su retiro, y acaba descubriendo una botella con una tarjeta de visita de naufrago.

Naufrago que se visibiliza en el último de esta maravillosa colección de historias, raras, diferentes, donde los trigales se mudan en mares, y donde los montes acogen la nieve antes de hacerse agua. Todos estos

relatos —ninguno es igual, cada uno exige del lector una atención diferente, y éste recibe a cambio una sensación distinta—, se sostienen, sí, con la ilusión de las palabras, con las letras con las que se hacen las palabras, ordenando con ellas el caos de la realidad, una realidad confundida con el azar de los sueños, esas palabras que traen noticias del hijo de ultramar a esa mujer, en ese papel que lleva ese niño-cartero, testigo y narrador, como lo es el escritor; esas palabras —la fuerza de las letras, su sentido— que se escriben en la piel de los caballos salvajes, esos tarpanes de tierras asiáticas, tartáricas, en donde se refugia, huyendo de amores contrariados, un naufrago de los inconvenientes de la vida. Este relato, "Tarpans", es bellísimo, y te lleva a aquel otro de Bolaño, de aquel grafitero celestial que escribía mensajes de amor en el papel azul del cielo con el humo de su aeroplano. Pablo Andrés Escapa, un autor. ●